

# Comentarios

## Alto a la matanza en El Salvador

**L**os salvadoreños hemos ido, poco a poco, coexistiendo con la roya de la violencia. Desde que empezó la lucha fratricida en que nos encontramos, el grado de asimilación de hechos violentos y brutales ha aumentado en todos los estratos sociales. La muerte como fenómeno social, cotidiano en la dimensión del conflicto político-militar, ha entrado a los hogares erosionando las conciencias e insensibilizando al pueblo ante acontecimientos que hacen estremecer al mundo.

¿Por qué tanto crimen? ¿Por qué emplear tan salvajes procedimientos policíacos para contener la insurgencia? ¿Por qué utilizar formas de lucha tan inhumanas para lograr un nuevo orden social? ¿Por qué recurrir al terrorismo para hacer prevalecer determinadas ideas? ¿Por qué ahorcar y mutilar los miembros nobles de hombres y mujeres, en una escalada que pareciera no tener fin? ¿Por qué tanta violencia? ¿Qué ha ocurrido en nuestro país que los altos principios del respeto a la vida humana se han echado a perder? ¿Por qué tanta sangre y tanta muerte inocente? ¿Por qué tanto odio generalizado? ¿Qué clase de válvula hemos abierto como para que los peores instintos despierten en unos y otros grupos, hasta mostrar el cáncer de una naturaleza podrida en el seno de la sociedad salvadoreña? Estas preguntas intentan profundizar en el drama de una nación agobiada por el peso de una lucha ya largamente prolongada.

Los medios de comunicación dan cuenta diariamente de muertos en distintas circunstancias, víctimas del trágico capítulo que padece la nación. Los detalles ya no asombran a los lectores. Se trata de personas acribilladas a tiros, torturadas, decapitadas, sujetas a ignominiosas y monstruosas mutilaciones, como si quienes cometiesen tales delitos fuesen seres primitivos, salidos de la caverna. El número de muertos ha ido aumentando a medida que la subversión-represión ha tomado el signo de un derrotero irreversible. ¿Quién mata a quién? ¿Quién se hace responsable de tales actos? ¿Quién atenta contra quién? ¿De dónde salen las órdenes de muerte y destrucción? ¿Por qué en lugar de esclarecer, a la luz pública, la responsabilidad material e intelectual de los secuestros y asesinatos una cortina de silencio e impunidad cubre tan repudiables actos?

Sería impropio de un análisis olvidar que tales hechos de sangre se producen en un contexto social convulso, proclive a la venganza y a la barbarie. Nunca en la historia del país se había acumulado tal cantidad de violencia entre unas y otras clases, entre personas incluso del mismo sector social, pertenecientes al mismo tronco común de intereses económicos, políticos y culturales. Al crimen corriente se agrega ahora el otro, el político, con una alta dosis de irracionalidad e insensibilidad. El baño de sangre ha traído luto y desesperación a millares de familias. Ha creado

un clima de zozobra e intranquilidad, interiorizando la violencia a núcleos de diversa condición en la escala de la sociedad. Los niveles de respeto a los valores humanos han caído tan bajos que pareciera que vivimos en una república de zombies, de fantasmas, de muertos en plena vida a la espera de que se anuncie la eliminación física del vecino o de la propia. Tal el grado de tragedia que envuelve al pueblo salvadoreño, cansado ya de este camino sin salida que es el propio callejón de la muerte.

En otras latitudes se ha sufrido la experiencia, siempre dolorosa, de la guerra civil. Se han producido luchas armadas por la conquista del poder político y la liberación económica. Se han vivido años de confrontación entre unas y otras facciones, sea para que unos sostengan sus privilegios o sea para que otros desplacen de la cúpula del poder a determinada clase. La guerra ha sido sin cuartel, pero observando las reglas mínimas del derecho de gentes. Por encima de actos inhumanos, arbitrarios, ha prevalecido la razón, el respeto a la vida humana como el máspreciado don, como la mayor riqueza y el mayor bien posible sobre la tierra.

En otros países la lucha ha estado enmarcada en los principios generosos de las leyes de la guerra: respeto a la vida del enemigo, ningún abuso en mujeres y niños, consideración a los ancianos y refugiados, ayuda a quien la necesitare, asistencia médica al adversario ya rendido, protección a quien deponga las armas, apoyo para quien desee abandonar el conflicto, inmunidad para la Cruz Roja Internacional, acceso a asociaciones humanitarias que traten de mediar en la contienda, respeto al derecho de asilo, castigo para quienes usen el secuestro, la tortura y la extorsión como medios para obtener el triunfo, inmunidad para los templos y capillas religiosas a donde suelen refugiarse los que se hallan en peligro, buen trato a los prisioneros de guerra, asistencia legal para los perseguidos, en fin, la aplicación de normas y reglas que la tradición ha sancionado como elementales en un proceso de sedición, rebelión o de lucha civil contra el régimen establecido.

Entendemos perfectamente que, por desgracia, El Salvador no es Suiza. No obstante creemos que es necesaria una apelación a los sentimientos de todos los salvadoreños para que cese la matanza entre hermanos, que se observen los principios que rigen la guerra, que se piense dos o más veces antes de proceder al crimen político.

En nombre de la ética, bajo los auspicios de la moral que ha hecho libres y fuertes a los pueblos, pedimos que se humanice el conflicto social. Que no se recurra más a la tortura, al secuestro, al asesinato, a la violencia innecesaria que ahora nos hace aparecer ante el mundo como una nación salvaje, en los albores de un primitivismo que ya habíamos superado. Hay medios, mecanismos, procedimientos que podrían ayudar a solventar el drama de una manera paulatina, pero segura. Esos caminos son el respeto por ambas partes al derecho a la vida, en un plano que supere las acciones que a diario se cometen, y eleven el conflicto a eso: un conflicto político que tiene otras salidas, sin que la sangre sea el precio irremediable e insustituible.

El pueblo salvadoreño en su conjunto debe meditar sobre la violencia social. Los líderes del país, cualesquiera sean sus posturas filosóficas y sus esquemas de solución a la crisis político-militar, tienen que poner un alto a la matanza. Un paro rotundo a la destrucción de vidas humanas y a la interiorización de la miseria moral como arma para derrotar al enemigo. Es difícil aplicar las leyes de la guerra a un proceso tan irracional como el que se da en El Salvador en estos momentos de su historia, máxime cuando la contienda ha trascendido las fronteras y la victoria o la derrota interesa a otras potencias mundiales, no importándoles venir a echarle más leña al fuego a una nación pobre y desgastada por los acontecimientos. Con todo, y a pesar de todo, la matanza debe cesar. No es justa, no obedece a criterios racionales, sino a pasiones insanas, inmaduras. ¡Cuánta razón tuvo Monseñor Romero al pedir, hace un año, que no se disparara un tiro más entre hermanos, que no se atendiera la orden de matar, que la violencia y el crimen fuesen superados en el marco siempre correcto del diálogo, la mediación, la humanización de los hechos y la búsqueda de la hermandad entre todos los hombres libres de El Salvador!

Alto a la matanza. Alto al terrorismo, venga de donde venga. Alto a la injusticia estructural, raíz de todos nuestro males, y alto al abuso de las armas para imponer el miedo y el silencio, ahora precisamente que el país entero está hastiado de tanta muerte y tanta sangre.

**D.M.S**

Marzo 24 de 1981.